

LA ANDANADA DEL CIELO

27/abril/2026

Hay herencias que no caben en una escritura, ni se reparten ante notario, ni se guardan en esas carpetas color vainilla donde las familias ordenan, con más miedo que pulcritud, las cosas importantes de la vida. Hay herencias que no tienen número de cuenta ni valor catastral, pero pesan más que una casa, duran más que un apellido y se presentan, de pronto, una tarde cualquiera, con olor a puro, a cuero viejo, a colonia de domingo y a albero recién peinado.

La mía tiene forma de plaza de toros. Y no porque yo lo decidiera.

A una no le preguntan de niña si quiere que el corazón le salga por toriles cada vez que suena un clarín. A una no le consultan si prefiere emocionarse con un violín, con una puesta de sol o con el vuelo lento de un capote cuando un hombre, vestido como nadie debería vestirse para ponerse delante de la muerte, decide quedarse quieto. Quietos de verdad. Quietos como solo se quedan los que saben que la belleza no se persigue: se espera.

A mí me dejaron esta raíz puesta sin pedir permiso. Tuve esa suerte, mire usted.

Mi padre, mis abuelos, mis tíos... Todos, cada uno a su manera, fueron echando tierra buena alrededor de esa semilla hasta que un día descubrí que ya no era una afición, sino una forma de mirar y comprender el mundo. Desde entonces, aunque haya quien no lo entienda, veo toros en casi todo: en el modo de entrar a una conversación difícil, en la manera de aguantar una mala noticia sin doblar la cintura, en la elegancia de callarse a tiempo, en la torpeza imperdonable de precipitarse, en la importancia de cargar la suerte cuando la vida embiste atravesada.

Porque la tauromaquia, antes de ser discusión, es lenguaje.

España habla en taurino incluso cuando cree que no lo hace... Se corta la coleta quien abandona una etapa, sale por la puerta grande quien triunfa, se arrima quien se la juega, se cambia de tercio cuando la conversación se pone incómoda, se coge el toro por los cuernos cuando no

queda más remedio... Y a veces, cuando alguien nos salva sin hacer ruido, decimos -quizá sin saber de dónde viene el milagro- que nos ha echado un capote.

A mí me los siguen echando desde arriba.

Por eso el título de esta historia no podía ser otro. **La andanada del cielo**. Porque imagino a los míos allí, en la altura definitiva, ocupando esas localidades imposibles donde no se pasa frío ni calor, donde no hay columnas que tapen ni vecino pesado que explique la faena en voz alta, donde los muertos buenos conservan el sitio de los vivos y se asoman, con media sonrisa, cada vez que una de los suyos vuelve a la plaza.

Los veo claramente. Mi padre con esa mezcla de orgullo y guasa tan suya, haciendo como que no se emociona cuando yo me emociono. Mis abuelos comentando (o más bien, discutiendo) el trapío, la embestida, la colocación del torero y, a los cinco minutos, cualquier asunto mundano que a ellos les pareciera más urgente que la eternidad: el precio de las entradas, la poca vergüenza de los políticos, la sombra que antes duraba más, lo mala que está la cerveza en algunas plazas y lo buena que puede estar la vida cuando se comparte con los tuyos.

Cuando hablo de los míos en la andanada divina es imposible no empezar por mis abuelos, benditos culpables de mi herencia sin ceros. Cuando los pienso, veo por ejemplo a mi abuelo Antonio, que no fue simplemente abonado de Las Ventas sino que fue una institución cuando llegaron a darle el premio al abonado más antiguo de la plaza... Mi abuelo Antonio estuvo subiendo a su delantera de grada del nueve hasta que el cuerpo le dijo basta, pasados ya los ochenta y cinco años, y no antes; porque para él el ascensor era “para los viejos” y su vergüenza torera no le permitía reconocerse en semejante categoría administrativa. Solo dejó de subir aquellas escaleras cuando las piernas, que son mucho menos sentimentales que el alma, le pusieron la última condición.

Y también veo a mi abuelo Mariano, el materno, haciéndose 70 kilómetros de coche, en el coche de los años sesenta y setenta, para llegar al bendito rincón de la Calle Alcalá desde su natal

Yunquera de Henares, en Guadalajara, mientras se repartía con su hermano Manolo el abono que compartían a razón del salomónico de “El Viti para ti, Camino para mí”.

Yo, abajo, en mi localidad de carne y hueso, finjo que voy sola cuando en realidad voy acompañadísima.

La primera vez que entendí eso -entenderlo de verdad, no pensarlo- fue una tarde en Las Ventas. No sabría decir si había más calor o más ruido, si el programa de mano olía a tinta o a memoria, si el cielo de Madrid estaba azul de tanto presumir o si fui yo quien lo recuerda así porque la emoción embellece hasta los ladrillos. La plaza estaba llena de esa humanidad irrepetible que solo se junta en los toros: el señor serio que parece ministro sin cartera, el chaval joven con camisa clara y ojos de haber descubierto un secreto, la señora con abanico que no perdona una mala colocación, el grupo de amigos que llega tarde atravesando media fila y el abonado que lleva cuarenta años en el mismo asiento y mira a los nuevos con indulgencia de patriarca.

Mientras veía aquella plaza llena, en mi memoria se proyectaban las mil historias que rodean mi vida y la del albero, como por ejemplo la de las taquillas de Las Ventas de la calle Victoria, cerradas ya en los años ochenta, pero abiertas todavía en la memoria de mi casa. Allí iban mi padre y su hermano Paco cuando eran adolescentes y no tenían un duro. Hacían cola para comprar las mejores entradas del mejor día de la feria. ¿Para presumir de sitio privilegiado, ver la faena desde el acomodo y salir luego a contarlo con importancia? En absoluto. Las compraban para revenderlas después y, con la diferencia, pagarse el abono de toda la feria en la andanada de sol, la entrada más barata -y por supuesto la peor- de la plaza, porque no tenían para más pero les sobraba interés.

Eso, señores, es afición pura. No ir solo cuando la entrada es cómoda, la sombra amable y, a ser posible, regalada.

Las Ventas tiene algo de catedral y algo de patio de vecinos. En ella cabe el rezo y el impropio, la estética y el bocado, el silencio absoluto y la bronca más castiza, la solemnidad

de los clarines y el comentario de un señor que siempre sabe más que el presidente. Allí se puede hablar de metafísica con un puro en la mano y de la merienda con la misma gravedad con la que otros tratan los Presupuestos Generales del Estado. Bendita sea esa mezcla.

Aquella tarde yo llegué con la alegría encendida, pero sin esperar ningún milagro. Ese es uno de los grandes peligros de los toros: uno nunca sabe si va a salir de la plaza igual que entró o si, por el contrario, una embestida, un quite, una media verónica o un natural van a moverle para siempre un mueble de dentro. La tauromaquia no avisa. No manda correo previo ni confirma asistencia. Sucede. Y cuando sucede, una comprende que hay artes que no se pueden explicar a quien exige explicaciones antes de abrir el alma.

El paseíllo tuvo esa liturgia antigua que me desarma. No sé qué tiene esa marcha ordenada de hombres vestidos de luces, cuadrillas, monosabios, alguacillos y mulillas, pero cada vez que la veo me parece que España entera, con todas sus contradicciones, ha decidido ponerse en fila. Sale lo noble y lo hortera, lo solemne y lo popular, lo romano y lo goyesco, lo cristiano viejo y lo pagano, lo rural y lo urbano. Sale un país difícil de querer y más difícil aún de explicar, pero imposible de sustituir.

Y entonces salió el toro.

No un toro cualquiera, sino uno de esos animales que aparecen por chiqueros como si trajeran en la frente la contraseña de todos los siglos. Negro, serio, con la cabeza baja y esa forma de pisar que no tiene nada que ver con la bravata y sí con el destino. Un toro no actúa. Un toro es. Ahí está una de las primeras lecciones que la tauromaquia enseña y que la modernidad se empeña en olvidar: hay cosas que no se construyen con discurso, ni con propaganda, ni con aplauso fácil. Hay cosas que son verdad o no son nada.

El primer capotazo no fue perfecto. Tampoco tenía que serlo. Fue suficiente para que la tarde cambiara de respiración. El torero lo recibió con temple, midiendo ese terreno invisible donde la vida y la muerte se rozan sin tocarse todavía. El capote se abrió despacio, el toro humilló, y durante un segundo -un segundo nada más, pero qué segundo- el mundo dejó de tener prisa.

Eso es el toreo cuando lo es: una enmienda a la velocidad.

El torero cogió la muleta con la mano izquierda.

No sé explicar por qué hay gestos que me conmueven antes de que ocurra nada. Quizá porque una no mira solo lo que pasa, sino todo lo que ha aprendido a reconocer en lo que pasa. Aquel modo de coger la franela, de doblarla, de mirarla como se mira una responsabilidad y no un adorno, me llevó de golpe a mi padre. Lo vi enseñándome, sin solemnidad y con esa pedagogía doméstica que cala más que cualquier academia, que en los toros la verdad suele anunciarse antes del pase: en cómo se anda, en cómo se cita, en cómo se espera, en cómo se coloca la zapatilla, en cómo se manda sin violentar.

“Mira eso” me habría dicho.

Y yo lo miré.

El toro acudió con una arrancada larga y el torero lo llevó toreado desde el principio, embarcado en la muleta, sin tirones, sin trampas, sin esa prisa de los mediocres que quieren llegar al aplauso antes de pasar por la verdad. Fue un natural hondo, lento, cargado, de esos que parecen escritos con pluma antigua. No tuvo la perfección geométrica de un tratado, sino algo mucho mejor: tuvo alma. Y cuando remató con el pase de pecho, la plaza entera respiró como si alguien hubiera abierto una ventana.

Entonces la andanada del cielo se puso en pie.

No la vi, claro. O sí. A estas alturas una ya no distingue del todo entre ver y saber. Sentí arriba una ovación que no pertenecía solo a los vivos. Mi padre aplaudía con las manos grandes de siempre. Mi abuelo Antonio asentía con la autoridad satisfecha de quien acaba de ver confirmada una teoría. Mis tíos se miraban diciendo sin decir: “esta niña ha salido nuestra”. Y yo, que abajo seguía intentando comportarme como una adulta funcional, noté que se me llenaban los ojos de esa humedad inoportuna que aparece cuando la belleza llama por su nombre a los ausentes.

Porque esa es la trampa luminosa de los toros: uno va a ver una corrida y acaba encontrándose con su propia genealogía.

A mí la tauromaquia me une a los muertos acompañada por mis vivos. Me hace más hija, más nieta, más sobrina, más hermana. Me devuelve conversaciones que ya no pueden tenerse y comidas que ya no se repetirán exactamente igual, pero que se darán. Me trae el sonido de las sobremesas, los veranos de mi pueblo, los encierros vistos desde una barrera improvisada, los domingos porque sí de mi hermano Fernando con un mensaje reescrito semana tras semana que dice “Palo, nos vamos a los toros, ¿no?” -como si cupiera diferente respuesta, acaso, a tan (in)decente proposición... Me traen la autoridad de los abuelos, las discusiones a voces que terminaban siempre en risa o en otro plato de lo que hubiera y me trae, por supuesto, la ilusión de que, si hoy no ha sido, mañana será.

Me trae también a mi hermano Gonzalo, queriendo ser torero con una convicción que no admitía matices. Cuando alguien le decía, con esa crueldad involuntaria con que a veces hablan los mayores, que no podía ser torero porque estaba muy gordo, él no se venía abajo ni pedía consuelo. Contestaba con una lógica aplastante y una dignidad de patio de cuadrillas que no le importaba semejante condición, ya que entonces sería picador. Y ahí, sin saberlo, ya estaba entera la Fiesta: la ilusión, la adaptación al terreno, el amor propio, el oficio invisible y esa capacidad tan taurina de no abandonar el ruedo solo porque el toro salga distinto de como una lo había imaginado.

Quizá por eso me duele tanto que algunos quieran reducirlo todo a un eslogan. La tauromaquia no es un parque temático de sensibilidad ni una postal antigua para turistas: es vida, muerte, miedo, valor, técnica, belleza, fracaso, liturgia, campo, oficio y cultura. Entiendo que a alguien no le guste, incluso que le duela; pero no acepto que se despache con superioridad moral una tradición que ha cruzado siglos, plazas, ferias, pinturas, novelas, canciones, rezos, tabernas, duelos y biografías enteras. Precisamente porque sé lo que hay en la plaza, la amo: porque no miente.

El silencio de una plaza toreada despacio es una de las músicas más hondas que conozco.

Tras los primeros naturales, el torero se echó la muleta a la derecha y citó de lejos. El toro, que ya venía entregado pero no entreguista -que no es lo mismo y conviene no confundirlo-, arrancó con nobleza y poder. Hubo un derechazo especialmente largo, tan largo que a mí me dio tiempo a acordarme de media familia antes de que el toro saliera del engaño. Luego vino otro. Y otro. Y cuando remató por bajo, doblándose con él, la plaza rugió.

No fue una ovación de esas que se fabrican por contagio. Fue otra cosa. Una descarga. Un reconocimiento colectivo. El pueblo, cuando ve verdad, puede ser mucho más fino que cualquier academia.

Yo miré hacia arriba. No al palco. Más arriba. Mucho más arriba. Y allí estaban.

Pensé entonces que la cultura quizá sea eso: una conversación entre los que fueron, los que somos y los que vendrán. La tauromaquia ha sobrevivido porque no pertenece solo a los taurinos. Pertenece también a la lengua que la usa, al campo que la cría, al arte que la representa, a las ferias que organiza, a los oficios que sostiene y a los recuerdos que despierta incluso en quien ya no va a los toros, pero tuvo un abuelo que iba, un padre que escuchaba el parte taurino o un tío que discutía de encastes como otros discuten de fútbol.

Cuando el torero entró a matar, la plaza entera se inclinó hacia delante. Ese instante siempre me parece insoportable y necesario. Todo lo anterior desemboca ahí. La belleza no exime del final. La faena no se remata con literatura, sino con acero. Y el torero, que había estado grande con la muleta, se fue detrás de la espada con verdad suficiente. El toro tardó en doblar. Peleó hasta el último segundo, como deben pelear los toros bravos y como deberíamos pelear nosotros las cosas importantes de la vida.

Y se desplomó en el tercio, porque los toros bravos no se rinden sino que se desploman, y hubo un silencio breve antes de la ovación. Ese silencio me gusta. Es el único pésame posible a un animal bravo. Después vino el pañuelo. La plaza pidió, el presidente concedió, la música volvió a sonar y el torero paseó la oreja con esa mezcla de orgullo y alivio que tienen los hombres cuando han estado cerca de algo que no dominan del todo.

Yo no aplaudí solo la oreja. Aplaudí otra cosa.

Aplaudí a mi padre por haberme llevado, a mis abuelos por haber llevado a mis padres, a mis tíos por haber convertido cada tarde de toros en un capítulo más de nuestra historia familiar... Y por supuesto aplaudí a las mujeres de mi casa, unas convertidas ahora en las mejores subalternas de mi cuadrilla y otras que fueron las que además sostuvieron comidas, viajes, nervios, vestidos, conversaciones y esa forma tan española de organizar la vida alrededor de una fecha marcada en el calendario. Aplaudí a todos los que hicieron de la afición una patria chica donde yo todavía puedo -y quiero- entrar sin llamar.

Y aplaudí también por mí. Por seguir emocionándome. Por no haber pedido perdón por amar lo que amo. Por haber aprendido que la sensibilidad no consiste en rechazar todo lo que incomoda, sino en mirar de frente y distinguir. Por saber que mis raíces no me atan al suelo, sino que me dan profundidad para no salir volando con la primera moda. Por sentir que hay cosas antiguas que no son viejas, sino hondas.

Tanto me atraviesa esta raíz que hasta mi luna de miel, que en teoría debía empezar y acabar conforme al manual internacional del recién casado sensato, tuvo su propio paseíllo taurino. Me casé hace cinco años e inauguré aquella felicidad nueva en la Feria de San Miguel de Sevilla. Después sí, cumplimos con la luna de miel oficial y nos fuimos doce días a Sicilia, que tampoco es mal sitio para celebrar la vida, dicho sea de paso. Pero el cierre, el verdadero remate de aquel viaje, fue en la Feria de Otoño de Madrid, en Las Ventas, a la que llegamos derechitos desde el aeropuerto de Barajas.

Cuando terminó la corrida, salí a la calle con esa mezcla de cansancio y plenitud que dejan las tardes grandes. Madrid seguía allí, con sus coches, sus prisas, sus turistas despistados y sus terrazas llenas de gente que no sabía -pobrecillos, dicho - lo que acabábamos de vivir dentro. La plaza quedaba a la espalda como un planeta propio. Unos discutían la faena. Otros hablaban del próximo cartel. Alguien decía que el presidente había sido generoso. Otro sostenía que no, que

aquello era de dos orejas si la espada cae un palmo mejor... La vida, gracias a Dios, seguía siendo opinable.

Yo caminé despacio. No tenía prisa. Las tardes que importan hay que dejarlas bajar, como se deja reposar un guiso o una emoción. Pensé en llamar a alguien, pero preferí guardar un rato de silencio. Hay alegrías que, si se cuentan demasiado pronto, se desordenan. Miré hacia el cielo de Madrid, que a esas horas empezaba a tener color de despedida, y sonreí con una certeza absurda y completa.

Habían estado allí.

Desde el 20/marzo/2017, fecha en la que mi padre hizo su último paseíllo en la tierra, cada vez que voy a los toros levanto un poco la mirada antes de que salga el primero. Es mi saludo privado. Mi brindis sin montera. Mi manera de decirle que sigo aquí, que no se ha perdido la cadena, que todavía hay alguien abajo dispuesto a emocionarse por un capote bien llevado, por una embestida humillada, por un natural profundo, por una plaza en silencio, por un toro bravo y por un hombre capaz de hacer arte donde otros solo verían peligro.

Quizá algún día la vida me coloque a mí en esa andanada. Ojalá tarde, por supuesto, que una tiene muchas ferias pendientes y bastante afición para seguir dando guerra. Pero cuando llegue, si es que allí arriba se organizan las cosas con un mínimo de justicia poética, pediré un sitio junto a los míos. No muy lejos, que luego no oigo los comentarios. Ni demasiado cerca del palco, que una eternidad entera discutiendo pañuelos puede hacerse larga incluso para los muy cafeteros.

Y si alguna vez una niña de mi sangre, o de mi cariño, o simplemente de esa familia misteriosa que forman los que aman lo mismo, entra en una plaza con los ojos abiertos y el corazón dispuesto, yo le echaré un capote desde arriba. Le soplaré al oído que mire despacio. Que no se deje robar la emoción. Que no confunda modernidad con desarraigo ni compasión con simpleza. Que pregunte, que dude, que aprenda, que exija, que se enfade cuando toque y que dé las gracias cuando el milagro suceda.

Le diré que la tauromaquia no se hereda como se hereda un mueble, sino como se hereda una manera de estar en el mundo.

Y cuando suene el clarín, cuando se abra la puerta de toriles, cuando el toro salga a la luz y la plaza contenga la respiración, le repetiré lo mismo que los míos me siguen diciendo a mí desde su localidad eterna: “Mira bien. Esto no es solo una tarde de toros. Esto es raíz.”

Entonces, si Dios quiere y el toro ayuda, quizá alguien toree despacio.

Y en ese instante, mientras abajo el albero arda de vida y arriba los nuestros aplaudan sin cansarse, volveremos a entenderlo todo sin necesidad de explicarlo.

Porque hay artes que no se defienden primero con argumentos, sino con memoria. Porque hay amores que no empiezan en una, sino mucho antes. Y porque algunas familias, cuando ya no caben enteras en este mundo, se mudan juntas a la andanada del cielo.

Larga vida a la Fiesta.

Va por ustedes.